

La otra metamorfosis

Lizarlett Flores-Díaz

He recorrido este camino varias veces desde los últimos 161 días. La mayoría de ellas tuve que hacerlo en ayunas, unas por prescripción médica, otras porque las náuseas eran insoportables, incontenibles y los vómitos se convirtieron en costumbre después de la ingesta de cada alimento. Este curioso malestar empezó tras semanas de haber notado los cambios en mi cuerpo. Los días previas a la transformación me dejé engullir por los días y las noches, unos tras otras, sin pausas. De día, cumplía puntualmente con las responsabilidades del trabajo, con entusiasmo o con desgana, dependiendo de mi estado de ánimo, de mi fortaleza mental, de mi capacidad de abstraer lo bueno y malo de esta situación; con altas y bajas, pero siempre de manera impecable. Después de todo, el trabajo es el único motivo que me permite transitar por la ciudad, gracias a él puedo salir cinco días a la semana sin multas y sin detenciones policíacas intempestivas. Mis colegas y yo contamos con una credencial que es escaneada de manera automática por un radar al pasar cada semáforo o, en su defecto, por un escáner colocado en puntos estratégicos. Le llaman *carte de déplacement*, esta credencial, sin embargo, tiene un radio geográfico definido que, en caso de trasladarse en vehículo privado, no permite alejarse más allá de un kilómetro del recorrido establecido; si se usa el transporte público, las rutas de autobús y líneas del tranvía más eficaces están predeterminadas y son definitivas. Tanto así que la *carte*

de déplacement solo es válida en las rutas y líneas que te lleven estrictamente de tu casa al trabajo y viceversa. Esta disposición proporciona un itinerario exacto del recorrido del individuo, asegura su trazabilidad y la transparencia entre las interacciones en la vía pública. Eso es lo que se dice y bajo esas premisas son implementadas las nuevas medidas de seguridad, siempre en pos de nuestro bienestar. Ahora que lo cuento me digo que meses atrás dichas medidas nos habrían parecido exageradas, no obstante, en su momento nos ajustamos a ellas de manera obediente. En un principio incluso aplaudimos la reactividad del Estado y el derroche económico para salvaguardarnos, al punto de que, como hijos agradecidos de este sistema, vigilábamos que todas estas normas fueran cumplidas por cada uno de nosotros al pie de la letra.

Antes de las conclusiones que puedas estar avanzando, créeme cuando te digo que no por ello sucumbimos a la delación. La práctica de la misma nos parece escandalosa, debes estar al corriente de que muchos inocentes han sido torturados en los regímenes dictatoriales a causa de ella.

Desde el principio del conflicto hubo y continúa habiendo reuniones clandestinas. Qué quieres que te diga, las personas somos seres sociales. El aislamiento turba la mente y los sentidos. Podemos desaprobar estos encuentros, pero no olvides que la consonancia del tejido social es un acorde frágil que una vez roto necesita siglos para volver a ser tricotado. Sin mencionar que desde la Última Gran Guerra acarreamos la vergüenza de los conciudadanos que flaquearon y traicionaron los valores en los que creemos. Si en nuestra divisa están la libertad y la fraternidad, bajo ellas nos cobijamos en todo momento. Adicionalmente, hay que decir que en caso de infracción hay que pagar una multa, misma que se multiplica en caso de reincidencia. Todo indica que antes que pagar una mísera suma, preferimos vivir en encierro. Le hemos dado precio a la libertad, el de una bicoca.

Al comienzo aceptamos las restricciones sin chistar ni mistar. Estábamos seguros de que de nuestra cooperación inmediata dependía la velocidad con la que se resolvería la cuestión. En aquel entonces confiábamos ciegamente en las decisiones de nuestros representantes. A fin de cuentas, seguimos viviendo en uno de los sistemas democráticos más reputados del mundo. Al correr de los meses y atestiguar que las nuevas leyes no desembocaban en soluciones concretas, comenzaron las críticas, primero a puerta cerrada y no por temor a nada, sino como el primer síntoma del desencanto. Fue difícil confesarnos que, por primera vez en nuestra vida, el gobierno no tenía ni idea de cómo proceder. Enfrentar esta realidad no ha sido fácil para nadie, particularmente para los viejos, a quienes debemos la estabilidad de la que gozamos. Según sondeos, el 0% de los mayores de 80 años duda de las estrategias gubernamentales; mientras que 57% de los grupos de 50 a 79 años reconoce que si el manejo

no ha sido el adecuado tampoco se hallan otros caminos viables, el 60% del sector de 20 a 49 años asegura que la única manera de enfrentar la contingencia requiere de medidas más estrictas; finalmente, el 100% del sector más joven de la población concuerda con que el gobierno ha actuado y actúa de la mejor manera posible.

Hasta ahora no se ven salidas a este conflicto sin precedentes. Los especialistas rebuscan en las páginas de la historia con la esperanza de encontrar alguna pista que pueda guiarlos, alguna sogá de la cuál poder jalar para salir del hoyo. Si bien no escapan al conocimiento popular las crisis análogas que, en el siglo XIV, mediados del XIX, principios y mediados del XX reprodujeron escenarios similares, no puede negarse que las estrategias que implementaron en aquel entonces poco o nada aportan a la discusión, dado que los valores sobre los que se regían las sociedades en aquel entonces no son para nada los mismos que nos gobiernan ahora. La piedra angular de este presente es el mantenimiento de la vida, cueste lo que cueste. Curioso. Es este precepto inquebrantable el que dificulta la ecuación para resolver el desenlace de este episodio sin fin en el que se nos escapa la vida paradójicamente bajo la justificación de la conservación de la misma. Cuentan que antaño, en tiempo de guerra o dificultad había personas que decidían sacrificar su vida a favor del resto. Hoy día, si es que existe gente que defienda el valor del sacrificio y de un mentado heroísmo no se le permitiría hacerlo.

Para apaciguar el desencanto nos decimos que de cualquier manera ningún gobierno ha dado en el blanco. Mientras que la postura de nuestras autoridades se reduce a dos grandes ejes: la obstrucción del desplazamiento y la obstrucción de la socialización, cada país lo enfrenta de maneras tan distantes entre sí que nos permiten tachar de la lista todas las que no funcionan. Algunos han optado por el cierre total de fronteras, por hermetismos regionales y nacionales, por mantener la libre circulación de los individuos, por el aislamiento individual y extremo, por los caminos de la fe, por un retorno a lo primitivo, por el control de información para evitar la paranoia social, por ignorar la realidad y seguir como si nada pasara en absoluto. Nada funciona. Cada táctica engendra escenarios, uno más caótico que el anterior. El problema logra penetrar por las fisuras no previstas, donde cada toma de decisión repercute de manera directa o indirecta en el cotidiano de las demás naciones del mundo. El libre comercio y la globalización nos llevaron a forjar lazos tan estrechos entre los países que ninguno es capaz de mantenerse en pie por sí solo. Vivimos mediante una perenne perfusión que como vemos ahora no hace más que enfermarnos.

En un intento por reestablecer nuestro orgullo herido continuamos con las críticas en voz alta. Esto quizás como un alarde chovinista de nuestro derecho intrínseco de libertad, quizás como reflejo de nuestro pasado monárquico. Hemos adoptado el papel de bufones para entretener a la corte ya que solo nos desgastamos en *sketches* de quejicas.

Lo cierto es que las reprobaciones, las caricaturas y los memes sobre el presidente y las ministras desfilan en los periódicos, el internet, la televisión y la radio sin tregua. A toda hora y en todos los *mass media* se arremete contra B y se caricaturiza el *mea culpa* del señor presidente. La primera vez que entornó su *yo confieso* nos resultó elocuente, profundamente humano y valiente al aceptar en un comunicado de prensa su ineptitud frente al conflicto. Insólito. Lo aplaudimos, lo perdonamos y quisimos darle otra oportunidad. A partir de aquel momento, las semanas se escurrieron a un ritmo nuevo e insípido, las restricciones iban en aumento y, como buenos alumnos, no me preguntes por qué, seguimos respetando a rajatabla. Bajo el proverbio de no saber con qué pie bailar, criticábamos y al mismo tiempo nos ceñíamos a las nuevas normas, como un niño mimado y quejumbroso que sin embargo busca la mirada aprobatoria de los padres.

Entre tanto, al presidente se le hizo costumbre victimizarse en cada conferencia de prensa y a nosotros se nos acabó la confianza. La demagogia es un arma poderosa pero no puede abusarse de ella con descaro bajo la premisa de perder su efectividad, ya te digo.

Los debates en pro y en contra sobre la respuesta del gobierno frente a la crisis inundaban las cadenas. Se hablaba abiertamente de los daños colaterales, de los índices de desempleo en aumento, de la fatiga de la sociedad, de las depresiones en los jóvenes y el declive físico de los ancianos. Durante muchos meses no supimos nada fuera de nuestras fronteras. Estábamos embebecidos revolviéndonos el ombligo y cuando alguien llegaba a mencionar algún detalle sobre el extranjero, como perros rabiosos y sin escuchar al otro ladrábamos nuestra tragedia. No sé de dónde viene la voluntad de imponer nuestra fatalidad frente a la de los demás. La costumbre a tanto confort nos volvió débiles y egoístas.

En el trabajo, durante el descanso para el café —momento privilegiado del día en el que se nos permite comunicar entre colegas—, criticábamos el contexto general. Discutíamos, comparábamos la veracidad de nuestras fuentes, avanzábamos hipótesis acerca de las próximas restricciones, vaticinábamos el futuro una vez sobrepuesta la peste; y en tono burlón y paternalista nos reíamos de nuestros dirigentes y sus resoluciones. Fueron contadas las veces en las que alimenté la conversación. Pronto se me acabó el interés en el tema, aquí y allá escuchaba la misma retahíla de ideas. Todos hablan, pero nadie se escucha, cada quien está soldado a su argumento inicial y de ahí no se mueve. Eso es lo único que nos ha inculcado la democracia. Creemos tanto en la legitimidad de nuestras opiniones que dejamos de prestar atención al otro, dejamos de comunicar y ahora nadamos en un interminable diálogo de besugos.

Qué ridículos somos, durante tanto tiempo escuchamos el discurso de la democracia que estimamos valiosa nuestra voz y voto, creímos que de alguna manera

guiábamos el camino de la nación; pero todo ha sido un trampantojo bien elaborado. Basta con mirar y darse cuenta de que en realidad desconocemos el funcionamiento del mundo. Se han creado nuevas esferas en todos los campos de la vida y el conocimiento. El mínimo paso hacia delante o hacia atrás requiere del meticuloso trabajo de los expertos. Nuestra visión es demasiado parcial y superflua. Mira, tampoco me creas tanto, estas cosas son las que me atraviesan el espíritu en este instante preciso, a lo mejor más tarde pienso diferente, o no. Yo solo intento contarte lo que se ve aquí afuera.

Como decía, el fervor con el que en un principio expresábamos nuestro punto de vista se ha enfriado, incluso los debates televisivos, de radio y por internet han merdado. La audiencia se ha aburrido. Nos saturamos. Desde ahora ten la certeza de que para controlar al pueblo hay que dejarlo que se regule él solo con sus impresiones de libertad. Por ningún motivo recurras a la censura, no es propia en un país desarrollado y resulta más bien contraproducente. Entre más ruido generen, más pronto se aturden.

No me malinterpretes, mis colegas son por lo demás agradables pero los encuentro bastante sosos. Me produce repelús su cordialidad y su sonrisa de empatía forzada. De manera que desde antes de la crisis ya me mantenía a la periferia de sus pláticas. Se arrebatan tanto la palabra que pocas veces concluyen un solo argumento. Los escucho mientras doy sorbos a mi café a la vez que disiento en silencio. Cada mañana transcurre de manera similar a la anterior. Suena la campana que anuncia el fin del descanso y rápidamente apuran la bebida y salen expulsados de la sala.

Afortunadamente, logro añadir un mínimo de variedad a mis días durante los trayectos al trabajo. Al vivir a tres kilómetros del instituto acostumbro ir en bicicleta. Los recorridos en bici solo se autorizan a los residentes de la zona centro de la metrópolis y a los habitantes de la comunidad urbana próximos a dicha zona. Vivo en un departamento minúsculo pero bien ubicado que me permitió mantener mi medio de transporte predilecto dentro de toda esta desgracia. Una de cal por las que van de arena. La bicicleta me da la oportunidad de tomar las calles y callejuelas en ambos sentidos, sin recorridos preestablecidos, pero sin tolerancia fuera del radio que me corresponde. De manera que mi entretenimiento se reduce a variar idas y venidas.

En ello se me desgranaba la vida cuando la metamorfosis comenzó. Corría un mes de diciembre helado. Las chimeneas y radiadores llevaban más de mes y medio en funcionamiento, las ramas de algunos árboles se habían convertido en muñones y el cielo estaba bajo y tremendamente pálido. La luz del día apenas y rozaba la piel a través de las ventanas. Mis jornadas amanecían y concluían en plena oscuridad. Noté los cambios desde los primeros días, pero los relacioné a mi ánimo menguante. Como un prelude la comezón me embargó los pezones y el pecho me daba punzadas. Me dolía el vientre y el sueño se apoderaba poco a poco de mí. Mi

mente y cuerpo comenzaron a disociarse, hasta que este último terminó por afirmarse sobre el primero. Los pendientes y preocupaciones intelectuales se vieron relegados a segundo plano y entre más me resistía al cambio, más severa era la respuesta corporal. Me doblegaron los vómitos. Mi semblante daba tanta desconfianza que a pesar de aprobar el protocolo matutino en el que se descartaba la infección alcancé tal punto de deshidratación que en el trabajo me dieron de baja temporal por enfermedad, pensando que tal vez había adquirido una variante mutada. La médica me recetó reposo y unas pastillas a ingerir después de cada alimento para controlar las náuseas. Esto duró algunas semanas hasta tumbarme finalmente en cama durante siete días. No hubo quien detuviera aquella hibernación impuesta, ni remedio alguno que impidiera sellarme los párpados e inmovilizarme las extremidades. Mientras tanto mi cerebro continuaba con estériles esfuerzos por retomar el control. Imposible. Lo único que me rescataba del filo del sueño era un hambre voraz pocas veces satisfecha ya que para saciarla tenía que arrastrarme literalmente hasta la cocina. Fuera de la modorra, mi padecimiento se resumía en hambre, sed, náuseas y vómitos. Una vez superada la etapa, mi vista se había vuelto borrosa acaso como consecuencia de tantas horas de sueño hibernal. Se aguzó mi sentido del olfato y ciertos olores que antes eran agradables se volvieron repulsivos. Por primera vez fui consciente del olor del encierro, de tal suerte que a pesar del frío exterior intentaba mantener abiertas todas las ventanas del departamento. Dejé de encender la chimenea, mi cuerpo se había vuelto más tolerante al frío. Por las noches había una fuerza que me empujaba a ir hacia el exterior. El único medicamento efectivo contra mi malestar era el aire frío de los paseos nocturnos. Me daba igual transgredir el toque de queda. Una vez más mi cuerpo, el instinto y el impulso eran más impetuosos que el cumplimiento de las reglas. Disfrutaba el silencio de los pasos sordos sobre la nieve recién caída, la monocromía que volvía al barrio irreconocible y la solemnidad de los árboles completamente vencidos por el peso de la suma de los copos. Durante esas caminatas me di cuenta de la ausencia de los gendarmes e incluso de que algunos de los radares de control de desplazamiento se habían descompuesto por falta de mantenimiento. Detalles así pasaban desapercibidos a la luz del día, mientras la ciudadanía jugaba el rol de los intachables.

Perdí peso y me acostumbré a la sensación de cansancio. Me otorgaron un certificado de desplazamiento extra ya que mi estado impone la realización de exámenes de sangre constantes. De modo que esta condición inesperada me ha dotado de un poco de libertad. No sabría decirte a cuántos análisis me he sometido y aunque ya me he familiarizado con la parafernalia del laboratorio, sigo volteando a otro lado para no ver cómo llenan las jeringas conmigo. Cada vez que ingreso debo ponerme un traje aséptico y de reojo observo en el estacionamiento de la derecha una carpa

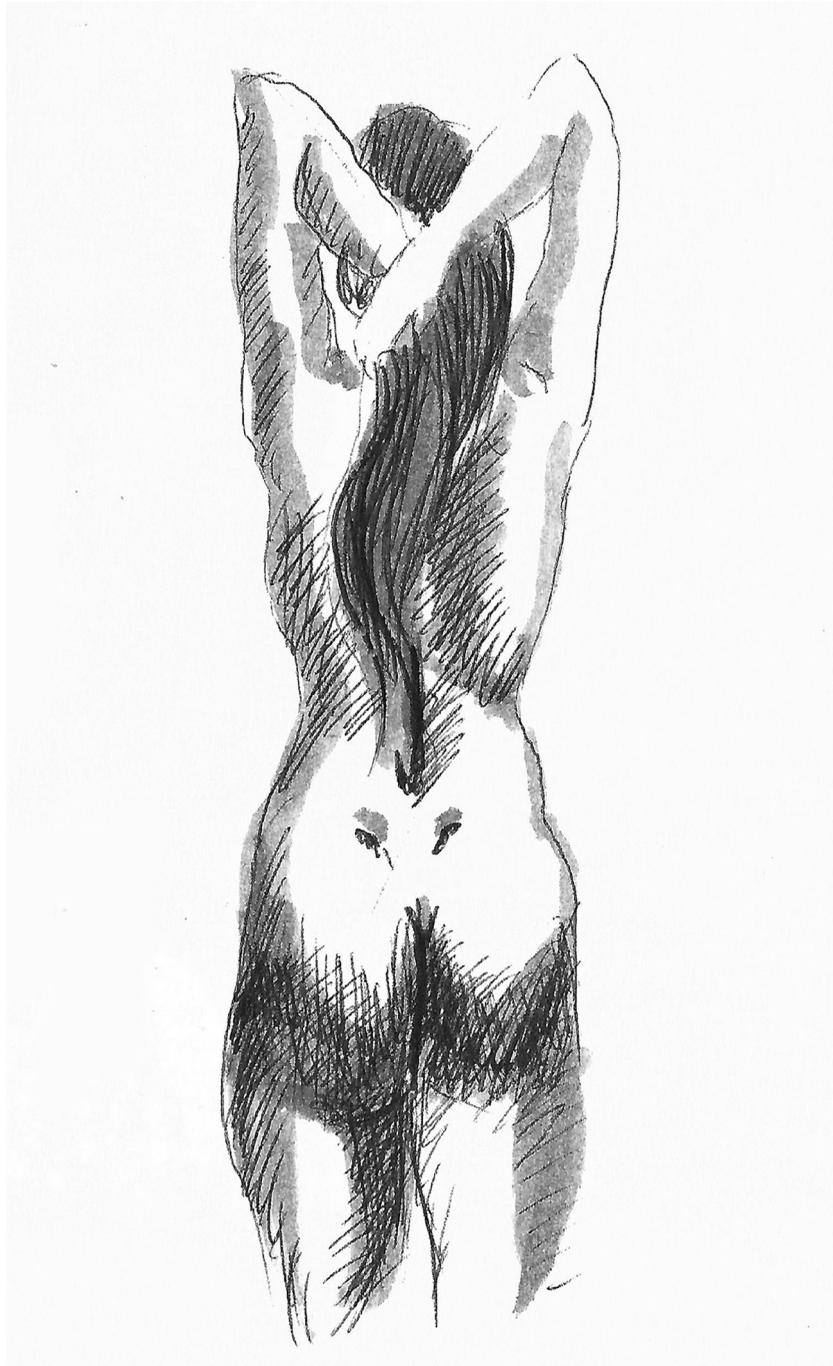
blanca con un individuo que no para de examinar a grupos cada vez más numerosos de personas infectadas. Me pregunto a dónde los transfieren y si es posible sanarlos.

Al cabo de la décima semana de metamorfosis pude reintegrarme al trabajo. Y no sé si a causa del aislamiento me pareció eterno o por el secreto que llevaba conmigo, vi con nuevos ojos la ciudad. Sin darme cuenta los días habían comenzado a estirarse y la luz del día nos esperaba al otro lado del cerrojo. Recuerdo haber llenado mis pulmones de aire fresco y subir a la bicicleta. Mi agilidad y resistencia se habían reducido y mi punto de equilibrio oscila constantemente desde entonces.

A pesar de la reclusión general a la que nos aclimatamos y más allá de las vivencias y encuentros que ya nunca podrán ser en nombre de la vida, en el umbral mismo del palabrerío sordo y la soledad que nos anega he ido aprendiendo a mantener el arraigo en el tiempo presente y en todo aquello que puedo aún asir con los sentidos. Deleitarme con los jardines en flor frente a los que paso, los colores improbables que desafían las banquetas; las ramas que se estiran como bracitos después del letargo invernal, la promesa de los frutos en forma de flor. El augurio de la nueva estación que aproxima me alegra pese a la incertidumbre hacia a la que avanzamos. Confío en que pronto el sol coloreará mi piel y llegará el día en que no podré disimularte. Para entonces la brisa tendrá el perfume de los jazmines y las fachadas estarán revestidas de blanco, tendremos ganas de escaparnos a la orilla del mar, aunque no podremos hacerlo. Al menos las noches cálidas se habrán instalado el tiempo que antes duraban las caravanas gitanas en el campus universitario.

Me entristece pensar que nada de eso volverá y que llegarás al mundo en medio de este salar arenoso y movedizo que nos traga de a poco. Prometo no resistirme para ver si así demoro el abismo mientras tú continúas dibujándote en mis entrañas.

Ahora entronco con el eje principal trágicamente desierto de cabo a rabo desde hace más de un año. He llegado al laboratorio, ni un solo transeúnte en las banquetas ni los pasos de cebra. Parece que el mundo se extingue taciturno.



Desnudo 3 (2022). Tinta sobre papel: Emmanuel López Flores
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

LIZARLETT FLORES DÍAZ. Profesora certificada de Español como Lengua Extranjera (CAPES-CAFEP) y Maestra en Estudios Hispánicos e Hispanoamericanos por la Universidad Bordeaux Montaigne (Burdeos, Francia), donde actualmente se desempeña como profesora asociada de traducción.